

Benjamín Jarnés en *La Vanguardia* (1931-1936)

Adolfo Sotelo Vázquez

«Nerviosos los ojos de violeta y chispa,
los lentes recién inventados ante la viva fantasía».

Juan Ramón Jiménez: «Benjamín Jarnés» (1934)

En el benemérito tomo *Ensayo de una biblioteca jarnesiana* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988), su autor Juan Domínguez Lasierra listaba la producción de Jarnés en un gran número de revistas y periódicos: desde la etapa que Enrique Díez Canedo llamó la «prehistoria» de Jarnés, pasando por los últimos años veinte, los años republicanos y de la guerra civil, hasta el período americano. En el capítulo de los artículos aparecidos en *La Vanguardia* de Barcelona, Domínguez Lasierra presentaba un repertorio de 91 entradas, que cronológicamente se inician con la crítica de *La ley del pecado*, novela de Ramón M. Tenreiro, publicada el 10 de marzo de 1931, y se cierran con el artículo «La gracia inmaterial de Betty Boop», que vio la luz el 11 de octubre de 1936, cuando el diario barcelonés inicia una sección rotulada «La escena. La pantalla», dentro de las actividades de retaguardia, «en horas de tan seria responsabilidad como las que nuestro país está viviendo» y «en tanto nuestras tropas siguen estrechando el cerco que tienen puesto a las posiciones fascistas», según se podía leer en el propio periódico.

Sin menoscabar lo más mínimo la esforzada tarea de Domínguez Lasierra quiero, en estas horas del cincuentenario del fallecimiento de Jarnés, llamar la atención sobre el carácter insuficiente que tiene su *Ensayo de una bibliografía jarnesiana* en lo que atañe a la labor publicista aparecida en *La Vanguardia* durante los años treinta. Al consultar la colección del periódico barcelonés que se custodia en su sede de la calle Pelayo he podido constatar que la colaboración de Jarnés se inicia el 3 de febrero de 1931 y finaliza, en efecto, el 11 de octubre de 1936¹. En total el número de artículos

¹ Agradezco la ayuda que en estas labores he recibido de Noemí Montetes y Raquel Velázquez, becarias del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Barcelona. También las puntuales informaciones que me ha proporcionado la profesora Virginia Trueba.

que el olvidado escritor aragonés publica en *La Vanguardia* asciende a 211 (treinta y cinco en 1931, cincuenta y uno en 1932, cuarenta y cuatro en 1933, treinta y tres en 1934, treinta y uno en 1935 y diecisiete en 1936). En realidad, durante esos años la firma más importante y casi más habitual del diario de los Godó es la del autor de *El profesor inútil*, quien comparte columnas con Gaziél –el director del periódico–, José María Salaverría, Luis de Zulueta, José Pijoan y Mario Verdaguer, por citar alguno de los nombres más relevantes. Son, por otra parte, los años de una fuerte expansión de *La Vanguardia*, que contaba con 80.000 suscripciones y con una tirada que oscilaba entre los 200 y los 250.000 ejemplares, a la par que su sección de internacional se veía potenciada por las corresponsalías de Berlín (primero Augusto Assía y luego Eugenio Montes), de Londres (Julio Acebal y Augusto Assía), de París (Juan Aramburu), Roma (Juan Ramón Masoliver) y New York (Aurelio Pego)².

Benjamín Jarnés inicia su colaboración en el periódico barcelonés cuando abandona las columnas del vespertino madrileño *La Voz* y la simultaneará con su larga serie de «Lecturas» que publica en los periódicos *Crisol* (1931) y *Luz* (1932-1934), y en el porteño *La Nación* (1929-1938). Sin embargo, tanto los artículos de los periódicos de Urgoiti como los del gran rotativo de Buenos Aires tienen, por lo general, el común denominador de atender a las obras y a los autores de actualidad (con el anexo –muy importante– de las críticas de cine), mientras que la amplia colaboración en *La Vanguardia* responde a otra tipología, que no es, en su diversidad y en sentido estricto, la de la crítica literaria.

Especialmente en *Luz* y *La Nación* Jarnés desarrolló con un afilado bisturí crítico uno de los mejores capítulos de la crítica literaria española de la Edad de Plata. Las lecturas y los autores analizados conforman un mosaico riquísimo. En la nómina de lecturas españolas de *La Nación* da cuenta de libros de Unamuno, Azorín, Baroja, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Ortega, Gabriel Miró, Pérez de Ayala, Gómez de la Serna, Pedro Salinas, Jorge Guillén, García Lorca, Alberti, Max Aub, Rosa Chacel y un largo etcétera. En su tribuna de *Luz* –más afín a la que mantuvo en la *Revista de Occidente*³– lo dominante son las lecturas extranjeras: Blaise Cendrars, Drieu de la Rochelle, Alfred Döblin (*Berlín Alexanderplatz*), André Maurois, Jean Giraudoux, etc. Continuaba así la tarea inicia-

² Tomo los datos del excelente estudio de Manuel Llanas, Gaziél: vida, periodisme i literatura, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998.

³ Para calibrar su papel en la revista de Ortega basta leer las escuetas y agudas líneas que le dedica Francisco Ayala en «Del paraíso al destierro», Recuerdos y olvidos, Madrid, Alianza, 1988, pp. 106-107.

da en la *Revista de Occidente* donde se había ocupado con notable puntualidad de Jorge Luis Borges, Jean Cocteau, James Joyce, Paul Valéry, Aldous Huxley... Esta ingente cantidad de trabajos críticos le perfila como «un crítico y ensayista culto, perspicaz, que estuvo al corriente de la actualidad literaria y artística de su tiempo, a la que sirvió de cronista»⁴, según atinado juicio de uno de sus mejores concedores, el profesor Domingo Ródenas.

Pero para completar el conocimiento de su labor de crítico, desplegada también previamente a los años que nos ocupan en *La Gaceta Literaria* (1927-1931), es necesario acudir a sus tareas de publicista en *La Vanguardia*. El grueso de los artículos que Jarnés publicó entre 1931 y 1936 se encuadra en cinco series. Al margen quedan cuatro artículos sobre Goethe publicados en marzo de 1932; un artículo rotulado «Homenaje» sobre las «Charlas al Sol» de Félix Lorenzo, «Heliófilo»; y los dos que publicó tras el inicio de la guerra civil, en septiembre y octubre de 1936. Las cinco series (que se encuentran representadas por los cinco artículos que se publican a continuación) son: «Letras» (iniciada el 3 de febrero de 1931), «Tipos» (que se abre el 5 de abril de 1931), «Arte» (comienza el 12 de abril de 1931), «Paisajes» (iniciada el 30 de julio de 1931) y «Límites» (la más tardía, el primer artículo ve la luz el 13 de octubre de 1932). Ninguna de las series pertenece en sentido estricto a los dominios de la reseña y análisis de obras literarias de actualidad, aunque alguno de los artículos de «Letras» sea una oportuna e inteligente lectura de tal o cual novedad editorial. No obstante, es necesario subrayar el carácter de reflexión crítica y de breve ensayo estético e ideológico –con la literatura al fondo– que tienen, por lo general, las series «Letras», «Paisajes» y «Límites». Sustancialmente diferentes son «Arte» (agudas digresiones sobre la pintura, la música y el cine) y «Tipos», serie que conforma uno de los hitos fundamentales de los quehaceres periodísticos de Jarnés durante los años treinta.

La serie «Letras» está formada por sesenta y seis artículos. Su denominador común es la atención al universo de un libro, más que para dar noticia de sus valores estéticos y literarios, para poner de relieve los acentos vitales de la obra y de la labor literaria. Jarnés, tal y como dejó expuesto en el importante prólogo a *Teoría del zumbel* (1930), no concibe el arte al margen del hombre y de la vida⁵. Lo vital es la primera e imprescindible premisa desde la que urdir el texto artístico (luego vendrá el acto diferencial

⁴ Domingo Ródenas, «Presentación» a *Benjamín Jarnés*, Paula y Paulita, Barcelona, Península, 1997.

⁵ *El interesado lector puede leer con provecho el capítulo «Arte y vida» de Emilia de Zuleta, Arte y vida en la obra de Benjamín Jarnés*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 27-40.

de la expresión); y lo vital abarca, a su juicio, tres latitudes: «el subsuelo, la tierra firme, el vago azul»⁶. No cabe soslayar alguna de las tres regiones, sino que la función del verdadero artista es integrarlas, porque «la gavilla de ímpetus» que enriquece al arte está en todo el hombre, en «el arte por la vida», según certera expresión que emplea en el artículo «El humanismo en quiebra» (5-VIII-1932). La cercenación de lo vital que observa en el arte contemporáneo –motivo recurrente de «Letras»– es hábilmente censurada en *Teoría del zumbel*: «Mientras los nietos de Freud –bastardos o legítimos– pretenden hundirse en los negros desfiladeros donde, efectivamente, nos damos la mano con la bestia, donde un rescoldo ancestral o un nervio danzante pueden explicarlo todo, los nietos de Carlyle, colaboran obstinados en el alza del papel hombre, situándolo heroicamente en planos enraizados donde ni el aire mece ni calienta el sol; y otros siguen cultivando –más modestos– el hombre normal que la ve, se enamora y honestamente se casa. De unos y otros hay ejemplos entre los poetas, entre los artistas de hoy»⁷.

Cada una de las tres direcciones son insuficientes como expresión artística de lo vital. Es necesaria su integración para convertir el arte en una exploración de la vida toda del hombre. Poner de relieve estos acentos vitales ahormados en formas estéticas suficientes es la tarea pertinente de la crítica, como ejercicio de discernimiento y de fijación de valores, al margen de otros caminos críticos, frívolos y superficiales, que Jarnés caracterizaba con dureza: aquellos que sólo expresan «discrepancias entre la obra y el crítico, como si el crítico tuviera que ‘revelarse’ en cada crítica, en vez de ‘revelar’ la obra, como es su deber. Esta crítica, a veces perfectamente necia, interjeccional, desde luego ineficaz, suele ser uno de los espectáculos más divertidos que nos ofrece la llamada literatura ‘de acción’, violencia y otras zarandajas. Gritar una discrepancia es bien poca cosa, cuando no es un acto de inútil vanidad. O de miedo a juzgar»⁸.

El arte y la vida dominan la reflexión «Dos hombres de acción», en la que el arte barojiano se perfila como galvanizador de realidades insignificantes. También es el binomio que enhebra el artículo acerca de Miró, donde escribe: «He aquí el héroe de los libros de Miró: lo ordinario, hecho materia

⁶ Benjamín Jarnés, *Teoría del zumbel*, Madrid, Espasa Calpe, 1930, p. 29.

⁷ *Ibidem*, pp. 29-30.

⁸ Benjamín Jarnés, *Límites y Lecturas*, Cuadernos Jarnesianos, 10, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988, p. 48. En un artículo de la serie «Letras», «La semana del buen libro» (17-IV-1932) acusaba a la crítica literaria española, salvo raros ejemplos, de practicar funciones de «acomodador»: «valorar, jerarquizar es arduo, es siempre más fácil –dirán– ‘quedarse bien’ con los amigos»; para preguntarse –retórico e irónico– «¿dónde encontrar a los sucesores de Clarín?».

artística». La primera preocupación crítica de Jarnés se advierte en otros muchos artículos. En «Tolstoy, sombrío y voluptuoso» (5-II-1932) califica al gran novelista ruso de «buzo incansable» de lo vital y de «magnífico narrador de sus hallazgos». En «Galdós, aprendiz» (14-IX-1933) se conmueve ante la inicial obra crítica del novelista canario, cuando hace «restallar el látigo sobre los eternos mercaderes de la literatura». En «Melodía inacabada» (5-IV-1934) —espléndido artículo sobre Antonio Machado— dice que el sesgo magistral de su poesía es «cantar en versos profundos las delicias y torturas de la vida». Los ejemplos podrían multiplicarse para certificar este denominador común de la serie «Letras» y eje vertebrador del quehacer crítico de Jarnés. Baste indicar, a modo de colofón, las reticencias que este grupo de artículos ofrece sobre ciertas iniciales creaciones de la generación poética del 27, mientras se constata la fascinación que —vía Novalis— siente por «la verdad humana saliendo del pozo a cangilones» en la fragua poética juanramoniana («Llama verde, con sol», 16-XII-1934)⁹.

La serie «Tipos» está compuesta por 41 artículos. Prácticamente todos los que habían visto la luz antes de enero de 1933 Jarnés los recogió en *Fauna contemporánea* (Madrid, Espasa Calpe, 1933). Desde 1933 a 1936 publicó veinte artículos más que siguen el modelo de los agavillados en el volumen. En el preámbulo de *Fauna contemporánea* titulado «Zaqueo» —que es, en realidad, un breve ensayo cuyo embrión es el artículo del mismo título aparecido en *La Vanguardia* el 30 de junio de 1932— Jarnés expone el propósito de esta serie: «yo he querido escribir algo acerca de los hombres, reduciéndolos a algunas familias conocidas»¹⁰. «Tipos» ofrece un panorama de los hombres que en el día se agitan, estudian, quieren, odian, etc. Se trata de un panorama de la fauna contemporánea: el indocumentado, el violento, el derrotista, el cínico, el nómada, el intolerante, el entusiasta, etc.

En la creación de estos apuntes —algunos excepcionales— el narrador aragonés sigue, como en otras facetas de su obra, el magisterio de Ortega, quien en la reflexión final de *Ideas sobre la novela* (1925) sostenía que la novela futura debía dedicar sus esfuerzos a la invención de almas interesantes: «esta posibilidad de construir fauna espiritual es, acaso, el resorte mayor que puede manejar la novela futura»¹¹. Desde luego los artículos de Jarnés no pertenecen al dominio de lo novelesco, aunque no son desdeña-

⁹ Los artículos sobre Tolstoi, Machado y Juan Ramón los recogió Jarnés (con algunos otros —pocos— de *La Vanguardia*) en *Feria del libro* (Madrid, Espasa Calpe, 1935). Sería conveniente un análisis descriptivo de este importante tomo de la crítica literaria jarnesiana.

¹⁰ Benjamín Jarnés, *Fauna contemporánea*, p. 29.

¹¹ José Ortega y Gasset, «*Psicología imaginaria*», *Ideas sobre la novela*, Obras Completas, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1983, t. III, p. 418.

bles las huellas novelescas y la admirable magia de los retratos¹², pero, en cambio, son una notable aplicación de la fauna espiritual, cuya construcción propugnaba, sin prescindir de la alianza de lo vital y lo artístico que –al modo de Ortega– alimenta el esfuerzo jarnesiano.

Por otra parte, la serie «Tipos» pone sobre el tapete las ideas políticas y sociales de Jarnés, quien en artículos como el que reproducimos aparece como un eslabón más de la auténtica tradición liberal española, empeñada –como el propio Jarnés sostiene en «Zaqueo»– en «continuar la historia espiritual de España, tan desligada de la historia política, si alguna vez paralela, nunca sometida a la segunda»¹³. Y con la particularidad de que su pasión está «aguijoneada por el dolor humano y los ideales libres»¹⁴, tal y como escribió en 1930 el periodista liberal Darío Pérez, postulando a Jarnés como paradigma de la nueva literatura.

«Paisajes», serie formada por cuarenta y cuatro artículos, es complementaria de los intereses que guían la serie «Tipos», al menos en la intención de comprender y analizar cuanto le rodea, la circunstancia vital, desde las coordenadas históricas y políticas de cada momento. Doble es el hilo conductor de estos artículos: de un lado, la demanda en la línea forjada por Unamuno y Azorín de la vivificación de lo intrahistórico, de «la España profunda, que conserva fresca y vivaz su fe no en los hombres que realizan su historia externa, sino en aquellos otros que un día, extraídos de la más honda intimidad del pueblo, fueron lanzados al mundo de la alta realidad, como arquetipos», según escribe en «Calle de Alonso Quijano» (14-VI-1933), correlato de la España laboriosa, invocada como verdadera vanguardia de la vida nacional en el artículo que reproducimos a continuación. De otro, la crítica áspera e irónica de la España superficial y exterior (también presente en el artículo que sigue), sobre la que escribe en «La cultura impertinente» (1-IV-1932): «El día en que España se convierta en una gran tertulia, quedarán muy satisfechos todos los amigos de la frivolidad, de la superficialidad... y de la cultura impertinente».

La serie «Límites» suma, en total, veintiséis artículos. Jarnés expresó en alguna ocasión su voluntad de escribir un libro con ese título, «donde se intente hallar definiciones –confines– a las cosas, materiales o del espíritu, del exterior o del yo íntimo. Título esencialmente antirromántico, antiidealista... 'Límites'. Antiinfinetismo»¹⁵. Y, ciertamente, en los artículos de esta

¹² Cf. Antonio Espina, «Libro de Esther. Benjamín Jarnés», *Revista de Occidente*, 142 (abril, 1935). Recogido en *Ensayos de literatura, Valencia, Pre-textos, 1994, pp. 231-238*.

¹³ Benjamín Jarnés, *Fauna contemporánea*, p. 16.

¹⁴ Darío Pérez, *Figuras de España*, Madrid, CIAP, 1930, p. 283.

¹⁵ Benjamín Jarnés, *Límites y Lecturas*, p. 3.

serie es donde mejor expresa Jarnés su relación con la escritura, la moral de su estilo y su manera de pensarlo en relación con la sociedad. Salvando las evidentes distancias, el contenido de la serie «Límites» apunta en diversas ocasiones al concepto de escritura elaborado por Roland Barthes en *Le degré zéro de l'écriture* (1952). Dos botones de muestra pueden dar idea esquemática de las reflexiones de Jarnés. En «Técnica y expresión» (29-IX-1932) sostiene que «ahora, más que nunca, hay que exigir al escritor [...] su hoja de temperatura moral, su hoja de antecedentes vitales». En «Se prohíbe dudar» (24-V-1936), refiriéndose a los escritores que escriben al dictado de una determinada fracción política, sostiene que «desconocen la soledad, desconocen la duda, desconocen el matiz, el tornasol, la flexión, ese difícil punto que del guiso más trivial hace un plato exquisito. Desconocen la penosa faena de la expresión. Huyen de la *funesta manía de pensar*. Al pensamiento lo releva el grito. A lo sustantivo, lo interjeccional». Como se ve, «Límites» es, en su laconismo, un compendio de la ética-estética de Jarnés.

«Arte» completa con sus veintisiete artículos las series que Jarnés publicó en *La Vanguardia* durante los años treinta. Serie heterogénea que brinda la posibilidad de conocer la inmensa curiosidad espiritual del escritor aragonés. Literatura y pintura, literatura y música, y literatura y cine son los tres binomios que pueden encerrar las materias que aborda Jarnés en la serie, en la que se aprecia la orientación vitalista de su bisturí crítico, siempre preocupado por acreditar y distinguir «la vida verdadera –en todos los órdenes– [que] es sobriedad, sencillez», según escribe en «La sencillez de lo incógnito» (24-X-1935).

A la luz de las insuficientes líneas anteriores, adéntrese el lector en la mínima representación que ofrecemos de la amplia y densa colaboración de Jarnés en *La Vanguardia*, medio siglo después de que el pulso de uno de los mejores críticos de la Edad de Plata dejara de latir.

